



# PROCESOS MIGRATORIOS. DIEZ AÑOS DESPUÉS, NECESARIOS PARA NUESTRO FUTURO

*Manuel Pimentel Siles*

Editor, escritor y expolítico

## 1. De lo que dijimos hace diez años

Hace diez años tuve la oportunidad de coordinar el primer número de la Colección de Estudios *Mediterráneo Económico*, dedicado a la inmigración. Vivíamos entonces, como veremos en este artículo, las pulsiones derivadas de un intensísimo flujo inmigratorio, que no siempre fue bien gestionado ni entendido por las autoridades competentes. Aquella monografía no ambicionaba la redacción de unas conclusiones concretas, por lo que no hicimos un corolario de recomendaciones finales, ni nada que se le pareciera. La coordinación aspiraba a que los temas seleccionados, y los autores propuestos, pudieran aportar datos, opiniones y referencias suficientes para un mejor conocimiento de los complejos fenómenos migratorios, en el pasado y por aquellas fechas. Se respetó escrupulosamente la libertad de opinión cada autor, obteniéndose un trabajo conjunto muy rico en matices y apreciaciones, ya que, como es evidente tras su lectura, no todas las opiniones fueron coincidentes. Repaso el ejemplar y compruebo el grado de intensidad del debate inmigratorio en aquellas fechas, y cómo algunas de las intuiciones apuntadas en ellas se han cumplido, mientras que otras—como las del crecimiento económico contemplado por las instituciones españolas y europeas—, se han desmoronado, sencillamente. Hoy, a pesar de nuestro deterioro laboral, seguimos teniendo una población inmigrante superior a la que teníamos cuando se escribieron aquellas líneas.

En el prólogo de aquella monografía, escribí mis propias conclusiones, que reproduzco a continuación porque considero que siguen siendo válidas hoy en día, a pesar de los evidentes cambios que han experimentado tanto nuestra economía como nuestra sociedad. Lo podremos comprobar en el recorrido de estas líneas, que aspiran a abarcar los cambios de toda una década intensa y precipitada:

1. Preferimos abordar el debate, al menos desde el punto de vista teórico, desde el concepto de procesos migratorios. En estos procesos, se establecen flujos migratorios desde un país emisor—sujeto a la emigración—, y un país receptor, que experimenta la inmigración. Estos flujos nunca son casuales, siempre responden a unas causas que pueden ser determinadas.
2. La intensidad de los flujos migratorios y su sentido y dirección han cambiado a lo largo de la historia, respondiendo casi siempre al diferencial de renta y calidad de vida disponible. Muchos de los países que reciben hoy inmigrantes, fueron emigrantes en el pasado; el futuro está por escribir.
3. El motivo más frecuente de las migraciones ha sido el conjunto de razones económicas y de expectativas de promoción y calidad de vida. Estas migraciones económicas y laborales son las estudiadas básicamente en esta monografía. Las migraciones—a veces muy voluminosas—motivadas por causas políticas,

- persecuciones, inestabilidad social o guerras las englobamos dentro del concepto de refugio o asilo, y apenas las hemos abordado en esta monografía.
4. La intensidad de los flujos migratorios es directamente proporcional al diferencial de renta existente entre las zonas emisoras y receptoras. Si en el futuro continúan incrementándose las diferencias de riqueza, la presión migratoria tenderá a incrementarse. No sólo por razones humanitarias es conveniente el buscar desarrollos más armónicos y equilibrados del planeta, también lo es por razones de estabilidad poblacional y geoestratégica.
  5. Emigran personas, y, en un mundo que es global, debemos hacer efectivos en todas las legislaciones nacionales los derechos naturales inherentes a la condición humana. La globalización no debe ser construida a medida de imágenes, finanzas, bienes o servicios, sino que debe hacerse para el hombre. En estos momentos de turbulencia internacional, no debemos satanizar a ningún colectivo por pertenencia a determinadas etnias o creencias religiosas.
  6. Por razones económicas y demográficas, Europa y España continuarán atrayendo y necesitando inmigrantes en el futuro. Debemos dotarnos de eficaces instrumentos de gestión de esas migraciones. La mejor política de inmigración no es la del enfoque policial de puertas cerradas, tampoco la de puertas completamente abiertas, sino aquella que persiga regular y controlar los flujos migratorios, evitando condenar a los inmigrantes a los circuitos ilegales, y otorgando transparencia y derechos al fenómeno.
  7. La inmigración no es un problema, es un fenómeno de evidente potencial positivo, aunque, en caso de mala integración, entraña ciertos riesgos de conflictividad social. Es, por tanto, imprescindible, arbitrar mecanismos de integración, en el marco del estricto cumplimiento de nuestras leyes, pero también en el disfrute de todos los derechos que éstas otorgan. La adecuada y necesaria previsión de las dotaciones sociales básicas –sanidad, educación, vivienda– en aquellas zonas donde es previsible el incremento en la demanda de mano de obra inmigrante, será imprescindible para que cualquier proceso de integración tenga éxito.
  8. Los inmigrantes no sólo nos aportan su mano de obra, sino que son una estimable base de consumo, una corrección de acusados desequilibrios demográficos, y unos financiadores netos de nuestros sistemas de bienestar. En determinados oficios, puestos de trabajo, y ámbitos geográficos, se convertirán en una necesidad insustituible.
  9. La convivencia es un logro de la civilización, y es siempre inestable, por lo que debemos esmerarnos en los mensajes que persigan educar en el respeto y la convivencia, y no en aquéllos que, respondiendo a intereses diversos, tienden a sembrar el miedo y el rechazo al otro.
  10. La adecuada gestión de los flujos migratorios evitará muchas de las entradas en nuestro país por medios ilegales. No tiene sentido que impidamos la entrada legal a cierto número de inmigrantes que sabemos que nuestra sociedad reclama, para, posterior y periódicamente, proceder a regularizaciones de los que entraron por vías ilegales.
- Analizaremos a continuación el cómo hoy nos encontramos, cuáles son las diferencias fundamentales con la sociedad de hace una década, e, incluso, nos aventuraremos a anticipar posibles tendencias de futuro.

## 2. A lo que hoy vivimos

Asistimos, como testigos y protagonistas sufrientes, a un cambio histórico de etapa. Un periodo de nuestro pasado se cierra de forma irremediable, mientras que nos adentramos en otro de incierto desenlace. Intuimos que extrañas y descomunales fuerzas telúricas se mueven bajo nuestros pies, sin que lleguemos a entenderlas. Nos vemos arrastrados, como personas, empresas y países, por unas vertiginosas dinámicas impulsadas por unas fuerzas que no alcanzamos a vislumbrar. ¿Hemos hecho algo mal? ¿Es el simple pulso de la historia? ¿Acaso era esto la globalización? No entenderemos el proceso en el que nos encontramos hasta que no tengamos la suficiente perspectiva para entender el conjunto, y eso sólo el balcón del futuro nos lo puede conceder. Si queremos entender cómo nos encontramos hoy, lo mejor es utilizar el pasado como referencia conocida. Por eso, hacer el ejercicio de analizar cómo estábamos hace diez años y cómo nos encontramos ahora puede orientarnos acerca de ese futuro que hoy tememos más que anhelamos.

Hace diez años, en 2001, sin que pudiésemos saberlo por aquel entonces, nos disponíamos a apurar un lustro de desenfreno orgiástico. Las cosas iban bien en España. Creábamos la mitad del empleo europeo, construíamos más que nadie, nos disponíamos a superar a Italia en renta *per cápita*, éramos el destino soñado para cientos de miles de inmigrantes. Vivíamos momentos de euforia sin otear nubarrones en el horizonte. Diez años después el panorama es completamente distinto. Poco nos recuerda nuestra actual realidad a aquel país confiado y dinámico que causó el asombro europeo, cegado por las mieles de una euforia embriagadora. Aspirábamos al pleno empleo, mientras que nos endeudábamos con entusiasmo para adquirir una segunda vivienda, equiparla, y después una tercera vivienda como inversión porque, como ya se sabía, la vivienda nunca bajaría de

precio. Si algún día nos veíamos apurados siempre podríamos venderla, nos excusábamos consolados. La actividad económica se incrementó de forma continuada, impulsada por el consumo interno, la inversión extranjera, los fondos estructurales y la desmesura de la construcción, todo ello regado con un crédito barato e ilimitado. ¿Quién no invertía en esas circunstancias, quién no jugaba a convertirse en especulador de salón? Entre unos y otros, inflamos un globo que se elevó orgulloso al aire, sin que nadie pareciera percatarse de que perdía contacto con el suelo y que cualquier pinchazo podría resultar fatal para su tripulación.

Como consecuencia del vértigo económico precisamos de inmigración, mucha inmigración. Pasamos de un 0,7% sobre la población en 1997 hasta un 12% en 2007. Casi cinco millones de inmigrantes entraron en nuestro país a la llamada del trabajo abundante, lo que generó conflictivas regularizaciones, debido a las estrecheces de una normativa que nunca ambicionó el regular el proceso. Durante años, nos dejamos arrastrar por la peligrosa dinámica de obstaculizar la entrada legal, para finalmente premiar con la regularización a todos aquéllos que hubieran logrado burlar nuestros controles. Una cruel paradoja que dejó cientos de tumbas con forma de pateras y cayucos. Los inmigrantes, que no eran deseados, resultaban sin embargo imprescindibles para remar en nuestra vigorosa nave económica. Los europeos comenzaron a observar con cierto temor esta inmigración creciente, lo que originó ciertos retoques restrictivos de legislación europea en Schengen y una vergonzosa directiva algunos años después que reinstauraba una especie de campos de retención de ambigua significancia. Pero todo eso, al menos en España, también es cosa del ayer.

El panorama también ha cambiado substancialmente en materia migratoria. Según los datos que disponemos, en este año el saldo migratorio ha sido negativo, esto es han salido más personas de las que han entrado, lo que ha ocasionado que

por vez primera la población española descienda en cómputo interanual. Como ya mantuvimos en el primer número de *Mediterráneo Económico*, la causa de las migraciones hacia España era básicamente laboral y económica, lejos de aquéllas de ataque de civilizaciones que algunos augures quisieron vendernos. En todo caso, la salida de inmigrantes es efecto de la gravísima crisis económica actual, al tiempo que también se convierte en causa de la misma, al disminuir el consumo potencial y la ocupación de vivienda. Y es que la inmigración también infla los círculos virtuosos y viciosos. Cuando un país va bien, atrae inmigrantes, que a su vez consumen, lo que incrementa la demanda y el consumo. Cuando el país entra en recesión, salen en busca de lugares mejores, lo que aún desinfla más un consumo menguante. No es previsible que la inmigración vuelva a presentar un sesgo positivo hasta al menos 2013, lo que acentuará los efectos del envejecimiento acelerado que padecemos, y que empezará a hacerse cruelmente visible a partir de 2015, hasta llegar a un nivel muy preocupante en 2025. Sigue, pues, siendo cierto aquel axioma que repetíamos por aquel entonces: España, sin inmigración, sencillamente no será.

Resulta llamativo el crecimiento de los partidos racistas en el norte de Europa, que están empujando hacia un endurecimiento de las condiciones de inmigración y restauración de fronteras nacionales para materia de inmigración. Además de la repulsa moral que nos causan estas posturas, nos parecen políticas equivocadas, populistas y cortoplacistas, que terminarán causando también un daño económico, aparte de vulnerar los acuerdos de libre circulación de personas, tal como hemos comprobado en el caso danés, y en las amenazas francesas de cerrar sus fronteras con Italia cuando se produjo la crisis de los tunecinos que huían de las revueltas en su país. Un triste ejemplo sintomático de la ola de egoísmo renacionalizador que sacude a Europa y que también tiene su reflejo

en las convulsiones financieras 2010-2011, que a día de hoy no alcanzamos a vislumbrar cuándo y cómo aminorarán.

Europa mantenía hace una década la lozanía de un sueño compartido. El euro daba sus primeros pasos ante la mirada orgullosa y arrobada de unos europeos orgullosos del gran proyecto que construían. Atrás quedaban siglos de feroces luchas entre vecinos; por delante, un camino de construcción europeo regado por la solidaridad de unos generosos fondos estructurales, el impulso de una moneda común, y el reto compartido de crear la más moderna y competitiva sociedad del mundo, basada en el conocimiento y la innovación, tal y como quedó bautizada en la celeberrima Cumbre de Lisboa. La ilusión nos dio alas y nos embarcamos en un proyecto aún más ambicioso, una reforma de la Unión para dar lugar a algo parecido a una Constitución europea. Hoy, con tres países en suspensión de pagos e intervenidos, Irlanda, Grecia y Portugal, y España e Italia en la cuerda floja, aquellas alegrías nos parecen cosa de fantasía. Parece increíble que en tan poco tiempo haya podido cambiar tan radicalmente el panorama europeo. No sabemos siquiera hoy si se podrá mantener la Europa del euro, o tendremos que reinventarla, con posible salida de varios países de la moneda común. Nadie sabe a ciencia cierta a día de hoy qué puede ocurrir. En todo caso, la Europa solidaria y confiada en su futuro pasó a la historia. Sólo observamos un panorama de recelos, y desconfiados egoísmos. A pesar de ello, nuestro futuro se conjuga en europeo, y nuestra política de inmigración, también. Modifiquemos y reformemos todo lo que tengamos que modificar y reformar, pero no cejemos en el proyecto de más y mejor Europa.

Nos permitimos una digresión en nuestra línea argumental, aprovechando el trampolín que nos proporciona la comparación de la actualidad con la realidad de diez años atrás. ¿Cómo estará España en 2020? Se trata de una imposible pregunta que

sólo puede ser respondida con una contrapregunta: ¿Si no sabemos qué va a pasar en el próximo mes, cómo podemos lo que puede ocurrir en el próximo año, o, más difícil aún, en la próxima década? Por tanto, una vez reconocida nuestra incapacidad como augures, podemos realizar acercamientos tentativos a la cuestión. Y para ello, tendremos que hacer un gran esfuerzo imaginativo, pues el futuro no se parecerá al pasado. Sólo sabemos eso, que nada volverá a ser cómo fue. Ni en sociedad, ni en economía, ni en inmigración.

Estamos cerrando un ciclo histórico tanto en España como en Europa. Una vez agotado el fabuloso impulso que nos otorgó la transición y nuestra entrada en Europa, nuestro sistema aparece bloqueado, rígido y pesado, incapaz de adaptarse a una realidad cambiante. Dado que nuestros principales actores políticos no parecen estar a la altura de los tiempos, no es descartable que tengamos que llegar a una situación de cuasi colapso para que las reformas alivien la tensión creada. Por tanto, podemos considerar como muy probable que para 2020 tengamos una nueva constitución. Esa nueva constitución será menos autonomista que la actual, más temerosa de los controles descentralizados, y mucho más imbricada en un poder europeo. Será más equilibrada entre el ideal y la realidad, tras nuestro intenso aprendizaje democrático. También simplificaremos nuestro complejo y abigarrado edificio institucional, hasta hacerlo más simple, económico y eficaz. No será tarea fácil, y tendremos que asistir casi al derrumbe del actual para que los partidos políticos comprendan que es insostenible. Pero aunque sea en tiempo de descuento, lograremos hacerlo, con sangre, sudor y lágrimas, desde luego.

El fin de ciclo también afecta a Europa. De aquella Europa utópica, solidaria, que aspiraba a armonizar las rentas de los países miembros a través de los fondos estructurales, hemos pasado a esta Europa de los egoísmos nacionales, en la

que se piensa que cada palo debe aguantar su vela. La actual crisis de deuda está tensionando hasta límites insospechados la propia supervivencia del euro, hasta el punto que no es descabellado hoy en día pensar que puede saltar por los aires. Pero puestos a apostar, creemos que el euro se mantendrá siempre que creemos más Europa. Y eso significará rigor, exigencia, austeridad, competitividad. La necesidad hace virtud y lograremos salvarlo. Pero eso no será suficiente para combatir la feroz competencia de terceros países, lo que nos obligará a trabajar más y aquilatar nuestro Estado de Bienestar que, pese a todo, seguirá siendo uno de los más avanzados del planeta. El euro se habrá devaluado sensiblemente frente a otras monedas, lo que nos hará sentirnos bastante menos ricos de lo que hoy nos consideramos frente a otras zonas del mundo, lo que supone un baño de humildad que nos hará mucho bien.

Las materias primas, sobre todos las agrarias, tendrán mucho más valor que en la actualidad, lo que redimensionará los sectores productivos. La economía española será mucho más competitiva de lo que es hoy. Los españoles sabremos adaptarnos a los cambios de la globalización, y estaremos dispuestos a jugar la partida de la competencia. Pero para ello todavía tendremos que sufrir, hasta que la realidad nos imponga el necesario cambio de mentalidad. Las normas laborales de 2020 habrán evolucionado al unísono de las europeas, y no se parecerán en demasía a las avejentadas que hoy rigen nuestra economía. Nuestro esfuerzo colectivo será el que nos redima de nuestros pecados colectivos. O lo conseguimos, o podemos entrar en una peligrosa espiral cuyo desenlace no quiero ni tratar en estas líneas. Y si lo conseguimos, tendrá que ser acompañados de una razonable tasa de inmigración, que atempere nuestro envejecimiento acelerado. La inmigración, en 2020 será porcentualmente más alta que ahora, y de una procedencia más equilibrada. Esta alta tasa de inmigración se verá acompañada,

paradójicamente, de un mayor número de españoles que trabajarán fuera de España. Fuimos un país de emigración para pasar a convertirnos, de manera acelerada en país de inmigración. Ahora caminamos hacia la compleja realidad de ser un país de inmigración/emigración; caprichos de la historia. Mitad deseo, mitad posibilidad, 2020 será muy distinto de lo que hoy conocemos, pero estos cambios al final bien, nos rejuvenecerán, nos harán perder tripa y grasa, y, abiertos al mundo, habremos demostrado que no somos tan malos como hoy nos pintan.

Pero volvamos a nuestro 2011, y observemos algunas diferencias cualitativas en los inmigrantes. Durante el periodo 2001-2004, los inmigrantes trabajaban en oficios básicos y manuales. Desde 2005 comenzamos a observar el curioso fenómeno de la conversión hacia tareas empresariales de muchos de ellos. Nacían las tiendas que hoy ya son populares en todas nuestras ciudades, y que están logrando sobrevivir incluso a los feroces envites de esta crisis sin límite. Los inmigrantes, mentalizados en el trabajo duro, el ahorro y el ansia de éxito, tienen más ambición empresarial que la media de la población española, más adocenada y amante de oficios públicos sin demasiadas exigencias horarias, en una gran mayoría. Con esa diferencia de mentalidad, es normal que nos ganen en el campo de batalla empresarial. Su estela de actividad y emprendimiento puede ayudarnos a dinamizar nuestro átono pulso vital.

Durante estos diez últimos años, también ha ido modificándose y diversificándose la procedencia de la inmigración. De una mayoría marroquí y africana en un principio, pronto se vio superada por la latinoamericana —en especial de Ecuador— y compensada por el origen europeo, como rumanos, preferentemente. Marruecos está creciendo económicamente, lo que originó menor presión migratoria, mientras que los europeos van retornando lentamente a sus países, que todavía presentan un crecimiento muy débil, pero que

presentan síntomas de envejecimiento aún más acelerados que los españoles, lo que generará una llamada retorno creciente en el tiempo.

Dadas las altísimas tasas de desempleo actuales sorprende la escasa contestación social contra los inmigrantes. En las encuestas del CIS la inmigración aparece como el quinto problema mientras que en los momentos de mayor empleo llegó a figurar como el segundo. ¿Cómo es posible esto? ¿Por qué ahora, con menos empleo para los españoles, y cuando teóricamente más feroz debería ser la competencia, la inmigración es menor problema? La razón sólo puede ser una. Y es la del imaginario colectivo, que fue enrarecido por voces públicas y autorizadas que jalearon contra los inmigrantes. Ahora, que están olvidados de la opinión pública, y siguen con sus trabajos modestos y sus empresas incipientes, nadie parece acordarse de ellos. No eran, pues, ese enemigo feroz que nos pintaron aquéllos que quisieron sacar rédito político al azuzarnos contra los diferentes.

Dado que actualmente no existe presión ni social ni de fronteras, el legislador tendrá otras imperiosas prioridades en materia económica y de equilibrio presupuestario, tanto en lo que nos resta de la presente legislatura, como de aquella que nazca en otoño de 2011 o primavera de 2012. No habrá leyes inmigratorias, por tanto, ni modificaciones de las actuales. El debate volverá a suscitarse en el futuro, cuando una vez superados nuestros problemas, vuelva a restablecerse el flujo migratorio. Esperemos entonces mayor clarividencia de la que tuvimos diez años atrás y aspiremos a gobernar eficazmente la regulación de la inmigración y no vernos arrollados por su inevitable realidad.

Ningún país europeo experimentó tan intenso crecimiento inmigratorio como España, sin que haya supuesto para nosotros grandes conflictos sociales. Merece la pena una reflexión sobre los modelos de integración seguidos y los teóricos que se debaten en el mundo.

### 3. ¿Multiculturalismo?

El multiculturalismo es un concepto equívoco que levanta pasiones a su favor o a su contra. Para unos significa el reconocimiento de derechos y leyes distintas y diferenciadas para las minorías culturales o étnicas, mientras que para otros, simplemente evoca el respeto y el deseo de convivencia con otras culturas. De lo uno y de lo otro tiene el concepto de multiculturalismo, pero convendría ponernos de acuerdo en su significado exacto, antes de continuar debatiendo sobre la materia. La palabra multiculturalismo aparece en la segunda mitad del siglo XX en algunas sociedades occidentales, como Canadá y Reino Unido, al pretender conceder derechos objetivos a determinados colectivos culturales minoritarios que vivían en el seno de su cultura dominante. En el caso del Canadá ya existía el precedente de ciertas singularidades legales y jurídicas para los esquimales, mientras que en el Reino Unido la compleja convivencia de razas, etnias, religiones y culturas bajo el manto de su extenso imperio, había habituado a su administración al respeto de ciertas costumbres. En el resto de los países europeos el multiculturalismo no es más que un concepto teórico, amado por algunos y denostado por otros, pero sin soporte legal alguno. Ningún país europeo aplica leyes diferenciadas para cada etnia o religión. No existe pues el multiculturalismo propiamente dicho. En todo caso podríamos hablar de interculturalismo, es decir, el respeto a distintas culturas y costumbres que conviven en el seno de una misma sociedad, pero obligadas todas por las mismas leyes nacionales.

El concepto de multiculturalismo conlleva una defensa de los derechos colectivos de las minorías. Un individuo se expresa a través de sí mismo y de su cultura. Por eso, quienes defienden un concepto de multiculturalismo extremo, argumentan que si queremos defender íntegramente los derechos de una persona debemos respetar

sus costumbres, expresiones y ordenamientos colectivos. Sin embargo, el otorgar derechos distintos a minorías, además de cebar la aparición de ghettos diferenciados y de alinear a las personas según su raza o religión, levanta el rechazo de la población mayoritaria, que sistemáticamente los considerará privilegiados.

No es igual, ni jurídicamente, ni desde luego por su percepción por la sociedad mayoritaria, el multiculturalismo nacido de procesos de colonización (por ejemplo las reservas esquimales en Canadá o las indias en los Estados Unidos), que de alguna forma aligeran la mala conciencia colectiva hacia la usurpación de tierras y derechos de los pueblos colonizados, que la reacción de una sociedad dominante frente a un colectivo inmigrante, insertado recientemente en el propio seno de su sociedad. No cabe duda que en el primero de los casos la población comprenderá, o apoyará en muchos casos, el permitir que los pueblos derrotados y colonizados puedan mantener reductos sujetos a sus leyes y costumbres. Tendríamos así un tipo bastante puro de multiculturalismo, bajo el principio de un país, varias leyes y culturas, aunque bien es cierto que las de los pueblos indígenas estarán muy acotadas y limitadas, dentro de la dominante.

Algunas voces defienden un multiculturalismo que pasaría por respetar las leyes y costumbres de cada colectivo cultural, aunque sus principios vulnerasen la legislación vigente en el país receptor. Dado que creen que un individuo sólo se puede desarrollar en su integridad en el seno del colectivo o la cultura a la que pertenece, tenderán a respetar y fomentar la diversidad y especificidad de cada grupo. El ideal que definiría esta posición sería: un país, tantas legislaciones como culturas convivan en él. Personalmente creo que la unidad de divisibilidad de la humanidad no es la cultura, la civilización o el colectivo, sino que es la propia persona. Creo en la identidad individual frente a la colectiva, aunque asumiendo que cada persona es libre de practicar la religión, o tener las costumbres que libremente de-

see, siempre que no vulnere las leyes del país donde se vive. Es cierto que tenemos una tendencia natural a participar en grupos. Respetemos esas expresiones colectivas, esas culturas diferentes que conviven en nuestra sociedad y que nos enriquecen, pero estamos todos sujetos a las mismas leyes, aprobadas democráticamente. Nuestra postura al respecto podría sintetizarse en *un país, una ley*, pero que todas las costumbres y culturas que respeten esa ley, puedan expresarse sin ningún tipo de limitación. Por tanto, el multiculturalismo no es una opción inteligente ni posible de cara al futuro en nuestra sociedad, en la que todas las personas deberán respetar las mismas leyes, independientemente de su religión, etnia o procedencia. Preferimos el interculturalismo, que presupone el obligado acatamiento de las leyes de un país, con sus derechos y obligaciones inherentes, pero con el respeto a las expresiones culturales diferentes siempre que sean respetuosas con esas mismas leyes. En España debemos avanzar en ese sentido.

#### 4. Guerra de las civilizaciones diez años después

En estos momentos comienzan a remitir aquellas doctrinas, vigentes hace diez años, que vaticinaban un inevitable conflicto de civilizaciones en el que el *islam* era el terrible enemigo a batir y que tanto temor originó hacia los inmigrantes de esa procedencia. ¡Cuánto ha cambiado el panorama! 11-S, Guerra de Irak, 11-M, grandes hitos que convulsionaron nuestra sociedad y originaron cambios de gobiernos y políticas internacionales y que aún laten en nuestra memoria y que condicionan nuestra manera de entender un mundo en convulsión. Sin embargo, el *islam* se mueve y las recientes revueltas evidencian el deseo de parte de su población de avanzar hacia la democracia y el futuro. Bin Laden está muerto, y *Al Qaeda* no ha logrado alterar la vida de occidente. Bin Laden ha triunfado como icono, al modo del Che Guevara,

pero ha fracasado como visionario y profeta. No lo siguen ni los suyos, en la senda de destrucción y muerte que encauzó. No existirá, pues, esa guerra de civilizaciones frente al *islam* con la que tanto nos amenazaron los unos y los otros. Mientras estábamos distraídos en estas cuestiones, los chinos fabricaban, vendían, ahorraban e invertían, al punto de convertirse en una poderosísima potencia mundial. Occidente no entrará en guerra con ella, pero deberá batirse en el plano empresarial, si queremos mantener un mínimo de calidad de vida. ¡Eran los chinos, estúpido!, se repite en los *think thank* de geopolíticas varias. La geopolítica hoy, también es distinta a la de hace diez años, y estará más centrada en influencia económica y acceso a los recursos naturales que a bloques militares deseosos de conflictos. En todo caso, y puestos a confrontar, debatiremos más en cuestiones de culturas que de civilizaciones.

¿Es lo mismo *cultura* y *civilización*? Aunque se usan uno u otro término indiscriminadamente, creemos que la *cultura* se subsume en la *civilización*. *Cultura* es un concepto más concreto y divisible, mientras que *civilización* es un manto mucho más amplio. Así, podríamos hablar de una *cultura española* o *francesa*, a pesar de que ambas pertenecen a la *civilización occidental*. Difícilmente podríamos hablar de una *civilización española* o *francesa* pertenecientes a la *cultura occidental*. Una *civilización* puede definirse por sus valores, su forma de entender el mundo, su religión, su historia y sus manifestaciones culturales y artísticas. A veces una *civilización* puede extenderse entre diferencias etnias y otras veces abarca a una sola; probablemente el elemento más definitorio en la actualidad de una *civilización* sea la religión. La enumeración de civilizaciones actuales más habitual distingue entre la occidental, la musulmana, la hindú, la budista, la japonesa y la animista. Lógicamente es una división superficial y probablemente inexacta, pero es con la que se funciona habitualmente. Resulta paradójico que en el siglo

XXI, en la supuesta época de la globalización y las tecnologías, religiones de raíces milenarias sean las que sirvan para dividir a la humanidad.

De todas formas, algo debemos relativizar estas líneas de división. Durante gran parte del siglo XX la división internacional fue entre los países occidentales, los comunistas y los no alineados. Parecía que las civilizaciones o religiones no tenían el peso que ahora les otorgamos. Desde el siglo XVI hasta el XX el mundo se dividía en naciones que luchaban entre sí, y rivalizaban por incrementar su territorio administrado o de influencia. Este hecho nos debería hacer pensar; quizá la supuesta división del planeta en civilizaciones irreconciliables entre sí no sea más que un espejismo surgido tras el desmoronamiento del muro de Berlín, en el que no aparece otro rival para la hegemonía occidental distinto a las civilizaciones y religiones distintas a la nuestra, especialmente la musulmana. Es cierto que en las fronteras de una civilización con otras aparecen con frecuencia conflictos armados, en las denominadas líneas de fractura, pero no debemos caer en la tentación de decretar que la convivencia entre distintas civilizaciones será inviable en el futuro.

Los desgraciados y crueles atentados del 11-S radicalizaron algunos prejuicios contra los países musulmanes, a los que se señaló impudicamente de alentar el terrorismo internacional que tanto atormenta a Occidente en los últimos tiempos. Condenemos actuaciones criminales de individuos u organizaciones, pero nunca caigamos en el error de juzgar a civilizaciones enteras.

El concepto de civilización adquirió un pronto protagonismo. Aunque ya existían antecedentes del mismo durante el imperio romano, con la división de los ciudadanos pertenecientes al imperio frente a los bárbaros de más allá de sus fronteras, fue durante el siglo XVIII cuando los pensadores franceses comenzaron a utilizar extensamente el concepto de civilización para referirse en exclusividad a la europea. Sólo los europeos o

las zonas de su influencia podían ser civilizadas; aquellos pueblos que quedaban fuera eran salvajes en mayor o menor medida; en todo caso, nunca civilizados. Durante siglos para los europeos sólo existió una civilización: la nuestra.

Desde principios del siglo XX comenzó a crecer el respeto en algunos casos, y la fascinación por otras expresiones culturales. Había muerto el monopolio de la civilización única. La ciencia y la opinión reconocían que convivían en el planeta diversas civilizaciones, cada una de ellos con sus propios elementos diferenciales.

Es evidente por tanto que el mundo está constituido por una amalgama de razas, culturas, religiones y civilizaciones, dentro de las cuales la occidental es la que acumula más poder económico, militar y tecnológico en estos momentos, aunque podrá ser superada por otras a medio plazo. Pero si de verdad nos creemos que el mundo es global, debemos ambicionar la pacífica y fructífera convivencia entre toda esa diversidad, y un cierto orden internacional, con la paulatina creación y puesta en marcha de instituciones globales, que permitieran perseguir a los criminales contra la humanidad —la Corte Penal Internacional—, o la defensa del medio ambiente, que tiene claras connotaciones supranacionales, así como tener voz en cuestiones de flujos migratorios. Debemos asociarlos a necesidades laborales y económicas, y desligarlas en lo posible de cuestiones de civilizaciones y religiones, que no hacen sino enturbiar un fenómeno que debería resultar lo más transparente posible. Otros evidentes objetivos globales son la superación de conflictos internacionales o el esfuerzo para la redistribución de renta. Creer en lo inevitable de conflictos futuros o soñar con la posibilidad de vivir en paz y razonable armonía, responde a convicciones personales. En todo caso, nunca deberíamos renunciar a la convivencia pacífica de pueblos y culturas. Hoy parece una pura utopía, mañana no lo sabemos. Probablemente dependerá mucho de nosotros, pero, en todo caso,

hoy parece que un conflicto de civilizaciones está más alejado de lo que nos temimos hace diez años. La inmigración no debe ser, pues, discriminada por religión o civilización alguna.

## 5. Integración y convivencia

Pero si la convivencia parece difícil cuando estas civilizaciones están separadas entre sí por mares, desiertos, junglas y fronteras, mucho más difícil es arbitrar la convivencia cuando tienen que rozarse en los límites cotidianos de un piso de vecinos, un barrio, una ciudad o una región.

Toda sociedad es pluricultural, nunca es homogénea. En nuestro país podríamos hablar de la cultura vasca, catalana o andaluza, por nombrar tan sólo algunos ejemplos territoriales. Asimismo oímos hablar de la cultura de la izquierda, de la cultura marinera, o de la cultura rural, por citar otros ejemplos diferenciados. Pero la convivencia entre éstas no parece difícil si establecemos unas adecuadas reglas de juego, que en nuestro caso nos marca nuestra democracia, nuestra constitución y nuestras leyes. Una de los objetivos de cualquier Estado es el arbitrar los mecanismos de convivencia entre los distintos grupos e intereses que conviven en su seno.

La convivencia entre los distintos no es un sentimiento natural, ni aflora espontáneamente. Como mamíferos sociales que somos, anida en nuestras entrañas un fuerte sentimiento de pertenencia a un grupo determinado; nuestra primera reacción frente al extraño será el rechazo. Este comportamiento podemos observarlo en cualquier animal doméstico. Los grupos preexistentes recelarán o rechazarán abiertamente al individuo recién llegado. Por eso la convivencia entre diferentes no es una pasión natural, sino que es fruto de la cultura, la civilización, el respeto y la educación. Si queremos conseguir una convivencia razonable en nuestra sociedad tendremos que educarnos en

los valores de respeto y tolerancia. Los mensajes deberán lanzarse al intelecto. Si, por el contrario, nos dedicamos a utilizar mensajes contra el distinto y el diferente, generaremos una profunda reacción, casi sanguínea, de rechazo. Debemos ser autocríticos con nosotros mismos. En un país como España, donde tenemos la certeza absoluta de que los niveles de inmigración irán creciendo de forma paralela a nuestro crecimiento económico, tenemos que prepararnos para habilitar esa convivencia. Así, además de las políticas de regulación de flujos migratorios, acuerdos con los países emisores, y serias políticas de ayuda al desarrollo, deberíamos realizar una doble tarea en nuestro territorio. Por una parte educar en los valores de respeto y convivencia, y por otra arbitrar sistemas eficaces de integración, que deben contemplar al menos adecuadas inversiones en educación, vivienda o sanidad.

La convivencia de personas diferentes no es fácil. No lo fue nunca, ni probablemente nunca lo sea. Pero en el mundo futuro este principio de convivencia será cada vez más necesario. Si de verdad creemos que avanzamos hacia un mundo global, nuestro éxito será el éxito de la convivencia pacífica entre las personas de las distintas etnias y culturas. Merece la pena el esfuerzo. Además de hermoso, es posible. Ojalá que dentro de otros diez años, cuando alguien lea este texto, hayamos sido capaces de avanzar en esa línea.

## 6. Brevísimas conclusiones

No quisiera terminar mi aportación a este volumen sin unas breves conclusiones:

1. España, a pesar del bache actual, precisará de inmigrantes para construir su futuro. Debemos mentalizarnos de esta realidad para arbitrar leyes y políticas que aspiren a regular su flujo necesario.

2. España estará paulatinamente más abierta a Europa y al mundo. Nuestras políticas deberán estar armonizadas, al menos, con las europeas, y atentas a un mundo que cada día es más global y en el que compiten más actores privilegiados.
3. Hasta ahora han sido nuestros empleados, pero en el futuro, dado su dinamismo y su puntual éxito empresarial, algunos inmigrantes también serán nuestros jefes. Debemos aprovechar el impulso regenerador que suponen para nuestra economía.
4. Tras el fracaso de los modelos multiculturales, debemos apostar por la interculturalidad. Todos debemos respetar las mismas leyes, pero eso no debe suponer el ímpetu asimilacionista. Que cada uno se exprese de la forma cultural que considere más oportuna siempre que no suponga vulneración de las leyes.
5. Ni siquiera un flujo inmigratorio intenso podrá equilibrar nuestro galopante envejecimiento como sociedad. Ésta es una dinámica irreversible, que nos ocupará –y mucho– en los próximos diez años.
6. Recomendamos, a los interesados en la materia, la lectura de la monografía tantas veces referida en estas líneas y que publicamos hace ya diez años. Sus principios básicos, pese a los cambios, sigue hoy en día vigente.
7. Debemos abordar la inmigración de la forma más objetiva posible, olvidándonos de los *complots* de enemigos de nuestra civilización con los que tanta veces nos lo presentan.